

# Férreos Pilares en Que se Asentó EL DEBATE

Reproducimos lo que sobre los orígenes y comienzo en EL DEBATE, dijéramos hace seis años. No se trata de una repetición antojadiza o para salir del paso, sino de un enfoque en que ciertamente, se transparenta en toda su fisonomía moral aquella etapa, en que nuestro diario apareció en la pedana periodística a lidiar por altos y puros idealismos. De ahí que resulte de actualidad siempre en esta fecha aniversario.

N. de la D.

EN una edición extraordinaria celebrando el 18 aniversario de EL DEBATE, faltaría el marco condigno, si no colocáramos como portada de nuestro historial periodístico, a quienes fueron espíritu y cuerpo, el cerebro y el músculo, del incesante batallar en la empresa forjadora de nuestro diario.

Demás está decir que aludimos a quienes tuvieron la visión profética y el enorme coraje cívico, de concebir, planear, impulsar y luego dar forma y realidad definitiva, a la idea creadora.

Y ellos son, Luis Alberto de Herrera, el conductor insigne, y Juan Pedro Suárez, el periodista de acurada pluma y levantados idealismos.

Enfrentando resueltamente las realidades de una hora tremenda en la historia política de la República, arraigado en sus espíritus el concepto Goethiano de que "el ideal es la única liberación", se lanzaron con entusiasmo y de voto fervor, a la empresa patriótica de fundar una cátedra de ideales libres, abierta y amplia, donde pudiera extraer la ciudadanía, la concepción exacta de los problemas políticos, al par que sirviera para adoctrinar a las generaciones, acerca de las obligaciones y deberes immanentes.

Herrera y Suárez, poseídos de ese enorme poder de sugestión que emerge de las honradas convicciones y de la pureza de los ideales que se sustentan, se propusieron levantar el templo de la resistencia, al desborde, a la demagogia, al sectarismo, a la inmoralidad administrativa, a todo desarreglo de conducta que implicara una desviación de los cauces regulares en que debe asentarse la decorosa convivencia cívica y social.

Y luego de vencer los pesimismo y las contrariedades que se cruzan en el camino de toda empresa de esta índole, el 29 de junio de 1931, apareció EL DEBATE, en cuyas páginas se delineó con caracteres firmes y hondo contenido, el programa de acción que cumpliría el vocero del Partido Nacional.

De cómo se ha cumplido ese ideal en la brega cotidiana que llena el espacio de 18 años de labor intensa, prodigada con amor y con lealtad, por quienes han tenido y tienen a su cargo, la responsabilidad de mantener encendida la lámpara de los idealismos cívicos, lo dice con claridad meridiana, el arraigo logrado por nuestra hoja, en lo político, en lo económico, en lo social, y en todos los aspectos que se abordan en sus páginas; el prestigio y la aceptación que nos dispensa de uno a otro ámbito, la ciudadanía libre de la República. Por lo de-

más, siendo historia contemporánea, y comprendiéndonos las generales de la ley, no es a nosotros, precisamente, a quienes corresponde emitir el juicio crítico del ciclo de lucha cumplido. Nos reconforta y nos da fe, en esta hora emocionada de nuestra existencia periodística, sabernos depositarios de la confianza pública que nunca defraudamos, y a la que siempre le rendimos el homenaje de nuestra adhesión más inquebrantable, en sus anhelos y aspiraciones.

Sin quererlo y llevados por el entusiasmo del comentario, nos hemos apartado un poco del propósito de esta nota.

Volvemos al cauce, en la evocación de gratitud y de homenaje, a las esclarecidas figuras de los fundadores natos de EL DEBATE, y a la significación de su esfuerzo y de su pensamiento, para iluminar la ruta que nos ha conducido hasta este momento de verdadero jubileo triunfal.

## HERRERA EN "EL DEBATE"

Imposible trazar en una apretada síntesis, el contenido substancial de la actividad periodística de Herrera en EL DEBATE. Trataremos, empero, de intentar un esbozo de la misma a grandes trazos.

Desde el primer día hasta hoy, — y que sea por siempre, — la acción de presencia de Herrera en EL DEBATE, le ha dado a esta tribuna periodística, el sentido de cátedra viva, con la substancia medular de su pensamiento rector.

El ejerce por imperio de la gravitación que tiene su inmensa personalidad civil y política en el ámbito nacional, la facultad de orientar con cierta visión, con la rica experiencia de su trayectoria eminente, con ese poder de intuición que le caracteriza, con su jerarquía de Gran Señor y con su enjundia de luchador incansable por los más puros ideales, el destino de la opinión pública.

Pero, Herrera, periodista por vocación y por superior determinismo de su recta convergencia moral, no se ha conformado nunca con la posición cómoda del que sólo señala derroteros, sino, que, obrero del pensamiento y de la pluma en la faena sacrificada y permanente del diario cotidiano, él es redactor, colaborador, inspirador, y por qué no decirlo, el primero y el mejor de todos nosotros, cuando se trata de enfrentar los más áridos problemas de la polémica incisiva sobre los acontecimientos: porque nadie como él, posee una más poderosa antena para captar, y luego interpretar con mayor seguridad de las realidades, los anhelos colectivos de las masas ciudadanas.

Y es así, como desde el artículo recto, de doctrina, hasta el suelto

chispeante en que campea la síntesis de lo que quiere decir, traduce en su contenido y en su esencia, las situaciones reales y las posiciones firmes que corresponde adoptar frente a cada caso.

Aún cuando su persona física no llega todos los días a nuestro diario, él está presente siempre, y es sabido que jamás faltan sus producciones en las que se define una política, se marca un rumbo o se flagela una corrupción.

La moral pública le adeuda a Herrera, el aporte de su incorruptible predicamento por el saneamiento de las funciones administrativas.

Y por encima de todas esas virtudes primarias de su personalidad inconfundible, se recorta una faceta que le consagra como el caso más típico de visionario profético: nunca vacila, siempre en-

Ejemplo el más alto, y el más foca con segura mira, el objetivo que conduce a un fin, desde luego, a un fin de dignidad, de honor, de esperanza.

Así es Herrera, el periodista, el camarada de todas las horas, el conductor extraordinario que no aliente desmedro de esa calidad por su fraterna identificación con los más modestos obreros de la pluma que construyen diariamente nuestra edición bajo la égida de su pensamiento y de su concepto orientador.

Puro, de una vida de lucha, que no conoce de desfallecimientos ni vacilaciones, que en "la cresta de las olas" a en la serenidad de su recogimiento hogareño, es siempre Señor, al que se llega por el único camino franqueable a su espíritu: la jerarquía moral, la honradez, la inteligencia, la lealtad. Y así siempre, desde su lejana adolescencia, atravesando por todos los períodos de su trayectoria patricia, Herrera, ha mantenido en alto el pendón immaculado de su resistencia invariable a lo trivial, a lo secundario, a lo adventicio e insubstancial.

Ni el triunfo ni la adversidad, ni el elogio ni la diatriba, lograron jamás modificar su natural señorío, ni introducir en su alma, inclinaciones mezquinas y subalternas.

Claro está, que estas breves pinceladas, apenas al descubren en mínima parte, aspectos del pensamiento y de la conducta procer de este varón excepcional, que honra a la República con sus virtudes pristinas, y con una incansable militancia en procura de su engrandecimiento moral, material y político.

## LA INFLUENCIA DE SUÁREZ EN "EL DEBATE"

Juan Pedro Suárez, periodista nato, hijo de su esfuerzo y temple recto de luchador animico, personifica al representante auténtico de la democracia.

De la democracia verdadera, que no reconoce otras jerarquías y otras jurisdicciones, que aquellas emanadas del talento y de las virtudes cívicas y privadas.

Surgido a la luz periodística, como fuerza misma de la naturaleza y de los acontecimientos, abrazó con ardorosa devoción, el apostolado de la prédica escrita, a la que se entregó en cuerpo y alma sin retacearle esfuerzos, pero también, sin exigirle nada de beneficio personal.

Poseído de una vocación natural por la lucha de altos idealismos, se propuso ser, y fue, un periodista excepcional, que unía a su inteligencia innata, la rectitud moral de un carácter a toda prueba.

Y así le vimos librar campañas ardorosas en defensa de sus ideales, de la moral administrativa, de toda causa que tuviera un profundo contenido de bien, de anhelos superiores, e integralmente de justicia.

Imposible trazar en los estrechos límites de una remota a vuelo de pluma, la semblanza completa del pe-

riodista formidable que fue Juan Pedro Suárez.

Nos limitaremos, pues, a señalar lo que Suárez representó, y lo que significa hoy, a pesar de su ausencia física, para EL DEBATE. Un diario político de la índole combativa del nuestro, necesitaba para su acción enérgica y fundamentalmente de crítica constructiva, la presencia de un director que se sintiera conubancado con los reclamos populares, pero que comprendiera además, que los problemas políticos no se resuelven con discusiones académicas de gabinete, sino que era imprescindible enfrentar sin eufemismos y con valentía, las realidades y los pormenores de cada etapa de lucha.

Y Juan Pedro Suárez, con claro sentido de la difícil misión que se le asignó, fue el conductor insustituible de la hora inicial, el que puso en marcha la nave de nuestra empresa periodística, haciéndole enfilar la proa hacia la meta del "puerto prometido".

Su pluma acurada, trazó los lineamientos de una conducta y de un idealismo, que son acervo inmenso y luminoso de nuestra organización.

Significó la inspiración genial del Maestro, Juan Pedro Suárez desde EL DEBATE, que él fundara, fue ariete formidable horadando los cimientos de las oligarquías enquistadas y presuntuosas, que se enseñoreaban en la dirección de los destinos nacionales.

Flageló corrupciones, anatemizó con su prédica, regímenes y hombres desviados del cauce natural e implicados en desarreglos de la conducta y de desorden político y administrativo.

Fundamentalmente, fue un gran demolidor de andamiajes artificiales, levantados para ocultar las miserias y las purulencias de gobiernos corrompidos, que afectaban la salud moral de la nación.

Cuando se está frente a una vida tan intensa y de tan puras concepciones para la defensa del bien público, es indudable, que la substancia superior que de ella emerge, constituye precioso legado que obliga a quienes el destino coloca en la situación de continuadores de la ruta trazada, a esforzarse hasta lo indecible, para ser dignos de quien nos precedió en el esfuerzo y en la acción constructiva de nuestro diario.

Con ese estado de espíritu, saludamos la memoria insigne del primer Director de EL DEBATE, a quien hoy, como ayer, y como siempre, lo sentimos presente en nuestras luchas y en nuestras inquietudes, por los mismos ideales que nos guían en la vida.